

Daniel Vidal

Provincianos

Entró a trabajar a una agencia de publicidad. Parecía tan pronto. Él recordaba como si fuese ayer el momento en que se amanecían estudiando para ingresar a la universidad y ahora ella le contaba que la contrataron en una agencia de publicidad. Qué bien, dijo él, pero en realidad siempre pensó que ella sería un ama de casa licenciada, no consideró que estudiaba porque quería trabajar y conocer gente nueva, distinta. Entonces solo dijo qué bien y luego se quedó callado y cambió de canal.

Un hipopótamo se sumergía en un lago pantanoso y otro lo golpeaba testarudamente. El primer hipopótamo se encolerizó y arremetió contra el segundo abriendo las fauces hasta el límite, como queriendo tragarlo vivo y casi lo logra. Vencido, el segundo hipopótamo se fue. Ella le dijo:

—¿No vas a decir nada más?

—Sí, amor, ¿y cómo va a ser tu chamba? O sea, ¿en qué vas a estar tú?

—En la parte creativa... ¿No es genial?

—Sí, amor, es genial.

—Pareciera que no te parece tan genial.

No respondió. Siguió viendo a los hipopótamos y justo cuando parecía que el segundo hipopótamo regresaba a tomar venganza, ella apagó el televisor y dijo:

—Ramiro... ¿en serio no te puedes alegrar por mí? ¿Estoy feliz, que no ves?

—Perdón, princesa, sí me alegro. En serio.

—¿En serio?

Encendió el televisor. El primer hipopótamo había muerto. No supo exactamente por qué pero le entraron ganas de llorar. Se fue al baño y lloró, luego abrió la ducha y se masturbó en silencio. No quería desearla esa noche. Pensó en pedirle que se fuera a su casa, pero no lo hizo.

La primera semana en el trabajo, Jimena conoció a todos sus compañeros. Eran tipos corteses y graciosos, la mayoría provenía de Arequipa. El dueño era de ahí y tenía una inclinación exacerbada por su terruño. Era el típico blanco de chistes sobre arequipeños, que son como los gallegos peruanos. Pero dadas las circunstancias todos esos chistes cambiaban de gentilicio por el de limeño. A Jimena nunca le afectó el tema, le pareció peculiar y sumamente infantil, pero nada más. No era la única limeña, pero sí la única en la parte de creativos.

Para Ramiro era más que anecdótico que fuesen arequipeños. Quizá por su crianza, no lo sabía, pero sí sabía que no debía fiarse de ellos. Sin embargo optó por no decir nada y ver más televisión que de costumbre. Leía, trabajaba, se tiraba a Jimena y veía televisión y siempre contaba los mismos chistes sobre arequipeños. Se reía él solo.

Jimena cada día se involucraba más con su trabajo. Eso no incluía que dejase de lado a Ramiro, todo lo contrario, hablaba el día entero sobre él. Mi novio es escritor, decía orgullosa. ¿Y como qué cosas escribe?, le preguntó un arequipeño. Escribe cosas de muerte y asaltos, y ladrones y ciudades raras. Ciudades raras como Lima, contestó el chico. Ella rio. Y se

preguntó qué cosas escribía Ramiro. Era escritor desde que lo conoció y hasta ese día en que le preguntaron qué es lo que escribía jamás se lo había preguntado. Entonces trató de recordar las cosas que había leído de él y, haciendo grandes esfuerzos, cayó en la cuenta de que jamás había leído nada sobre muerte ni asaltos ni ladrones ni ciudades raras. Eso le molestó un poco, le molestó haber pasado a su lado seis años y no saber qué cosas escribía, qué cosas pensaba o sentía y entendió que era mejor no ir a su casa esa noche.

Ramiro salió a tomar unos tragos después de escuchar a Jimena por el teléfono diciéndole que no iría a verlo porque tenía mucho trabajo. Entonces llamó a su mejor amigo y se fue a tomar unas cervezas. Era del tipo de los que no hacen preguntas cuando no deben hacerlas, la clase de amigos que saben cuándo se les necesita para simplemente estar ahí sentado y mirarlo, tomar y comprar cigarrillos y hablar de culos y de pendejadas de hace mucho y de lo muy hijos de puta que suelen ser.

—Jimena está trabajando con una bandada de arequi-
peños.

—Anda, ¿dónde?

—En una agencia de publicidad.

—Y qué tal los putas.

—No lo sé, no los conozco, pero nunca he conocido un provinciano que me caiga bien.

—Yo tampoco.

—¿Eso estará mal?

—No creo, es cosa de gustos, tampoco he conocido muchos limeños que me caigan bien, solo que acá vivo y no me queda otra que hablarle a unos cuantos. Es una cuestión de supervivencia. Somos animales sociales, tú lo sabes.

—Bueno, yo solo soy un animal de rockanrol.

Su amigo rio. Luego se quedó mirándolo. Notó que él no reía, que estaba mirando fijamente las botellas del mostrador, o a través de ellas, como si hubiese encontrado algo allí en medio, algo que solo él podía distinguir. No intentó encontrarlo. Ramiro siguió con esa mirada hierática, como si en ella se anunciase un acto de infinitas y terribles consecuencias. Pidió dos cervezas más.

Se levantó con una resaca sangrienta y recordó al viejo Hank, claro que él no era como Hank. Él era un poco *yuppie* y le gustaba serlo, pero siempre que estaba resaqueado recordaba a Hank. Luego se puso en pie, y pensó en el hipopótamo vencido. Pero si la primera vez él venció, se dijo a sí mismo. Luego se puso a llorar. Después desayunó tostadas con mermelada de mora y jugo de fresa con un chorro de leche descremada. Recordó los tiempos en que desayunaba chicharrón, tamales, salchicha huachana, humitas, tamalitos verdes, sangrecita. Ahora todo en esa casa, que era suya y no, estaba colmado con las sutiles, y no, sugerencias de Jimena. Terminó de comer y se fue a ver televisión. Jimena lo llamó unas horas después. Ya cuando el crepúsculo pintaba el cielo con tonalidades naranjas intensas, como si hubiese un gran incendio del que nadie se percataba.

—Hola, bebe, ¿cómo estás?

—Bien, pequeña, bien, con dolor de cabeza pero bien.

—¿A qué hora llegaste a tu casa ayer?

—Tarde, no recuerdo la hora, tarde.

—Ah ya. Oye, hoy hay una reunión en casa de uno de los chicos de mi trabajo. ¿Vamos?

—¿Hasta Arequipa? No te pases, mucha lata, amor.

—No seas, pues. Es en Las Lagunas.

—Casi como si fuese Arequipa. ¿Puede ir César?

—Voy a preguntar.

—Me avisas.

—Ya amor, te amo.

—Hablamos más tarde

—¿No me amas?

—Sí, sí te amo.

Por la noche la recogió y fueron hasta casa de César.

César los instó a tomarse unos tragos previos. Sacó una botella de vodka y Ramiro tomó un largó trago, como si de él dependiese su vida. Jimena lo miró desconcertada. César lo entendió, después de todo ese tiempo era la única persona en el mundo que podía entenderlo; así estuviese parado en medio del infierno, César siempre entendería por qué estaba ahí, no le reclamaría nada, solo lo entendería. Luego de unos vasos, un poco más mesurados partieron hacia los confines del mundo, al menos de Lima, al menos de la Lima sin pobreza. La única que conocían. Durante todo el camino Jimena insistió en que cambiara la música por algo más alegre. Ramiro no contestaba, en cambio subía el volumen y repetía una y otra vez *El cadillac solitario* de Loquillo. Como a la cuarta vez que Jimena le pidió que cambiase de música. Ramiro detuvo el carro y bajó el volumen. Dijo:

—Jimena, vamos a ir a la casa de unos arequipeños que qué diablos escucharán, seguro música criolla o alguna pelotudez tonera. Déjame ir al infierno en un buen carro, con buena música y con una mujer callada.

—¿Tienes que hacer de cada respuesta tuya un pedazo de literatura? ¿No puedes contestar como alguien normal, como alguien que no piensa todo como si estuviese frente a una computadora?

Aceleró a fondo y se encargó de programar la repetición incansable del tema musical.

Llegaron. Bajaron. Jimena se miró en el espejo retrovisor y se alisó el pelo, se acomodó las tetas y se subió el pantalón.

Luego lo volvió a bajar. Desde dentro venía como un tropel imparable el estruendoso vibrar de los parlantes. Cantaban alguna canción del momento, alguna de esas que rara vez escuchaba desde que dejó de subirse a los buses de la ciudad. En seguida una mueca de disgusto se apoderó de su rostro. Jimena lo miró como haciendo las pases, como animándolo. César le dio una palmada en la espalda, como acompañándolo al paredón. Entraron.

La casa era enorme. Un camino de piedra los llevaba hasta unos ventanales inmensos de vidrio pavonado. Dentro, una sala inconmensurable se abría ante sus ojos. En cada esquina unos gallos de pelea batían duelo. Los había de toda forma y tamaño. Llegó a pensar que el dueño de casa era el mismísimo nieto de Abraham Valdelomar, luego recordó que Valdelomar era de Ica, no de Arequipa, y olvidó la idea. Acto seguido bajaron unos escalones de piedra, no pudo reconocer el tipo de roca que era y trató de recordar el libro sobre geología que había corregido unos meses atrás para así identificarla, pero no lo consiguió. Allí estaba el gran jardín. Una piscina con velas flotantes. Luego un tipo alto, con el rostro brillante de sudor, se acercó y estampó sus labios rojos y gigantes en la mejilla de Jimena. Qué bueno que viniste, Jime, dijo. Ella rio y dijo:

—Él es mi novio, Ramiro.

—Hola, Ramiro, yo soy Esteban —el tipo sonreía socarronamente, como burlándose de él. Además, ese extraño acento, como cantando las palabras, lo hacían estremecerse. Lo hacían imaginar que la piscina estaba llena de combustible, para así arrojar al tipo a ella y ver cómo ese acento hiriente se consumía con las llamas, se iba apagando con los últimos resquicios de vida que le quedaban.

—Hola. Él es César.

—Hola, César.

—Hola.

—Pasen, por favor, siéntanse como en su casa.

—Si me das los papeles de la propiedad, normal —dijo Ramiro.

El tipo lo miró sin entender y Jimena lo fulminó con la mirada. En la terraza había unas doce mesas, todas rebosantes de provincianos. Él miraba a César como esperanzado en que en sus ojos encontraría paz, pero César estaba tan desesperado como él. Luego miró a los lados. Tres estantes ofrecían licor en todas sus presentaciones. Uno era solo de cerveza, otro de tragos cortos y el tercero solo de pisco. Se dirigió al de cerveza primero y atacó tres vasos. Jimena quería pisco. Jime, amor, ¿desde cuándo te gusta el pisco?, dijo Ramiro. A lo que ella contestó: Amor, siempre me ha gustado el pisco. Entonces, el tipo alto le trajo un pisco.

—Un trago de nuestra patria, carajo —dijo el tipo alzando su copa.

Todos emitieron ruidos onomatopéyicos, ininteligibles y brindaron con el aire que los separaba, algunos entre ellos.

—¿No te gusta el pisco, Ramiro?

—No, me gusta la cerveza y el güisqui.

—Pero si es peruano.

—Ya, pero no me gusta el pisco. Me gusta la cerveza y el güisqui.

El tipo se volteó y le susurró algo al oído a Jimena, ella rio y luego volteó a ver a Ramiro. Sus ojos eran dos forados hediondos, eran el escenario de un genocidio sin parangón. Jimena entendió que debía animarlo y se acercó a él y le ofreció compartir el humo de un cigarrillo. Eso rara vez no lo animaba y esta vez no fue la excepción. César miraba todo con un rostro de impaciencia ineludible. Estaba allí por un amigo, por su mejor amigo, solo él valía tanto como para jugarse así

el pellejo. Durante el resto de la noche Ramiro bebió sin compasión al igual que César. Pasadas varias horas el dueño de casa sacó una guitarra y un cajón. Ramiro miró a César desahuciado. Este tenía el mismo rostro. Luego tocaron polcas y vales criollos y Jimena aplaudía y bailaba y Ramiro borracho la miraba a través del humo de su cigarrillo, tratando de entender quién era ella, quién era él. La música se convirtió en un eco lejano y solo veía el cuerpo de Jimena surcar los nubarrones azules de su cigarro. Sonreía enajenada, envuelta en ese manto tan ajeno a cada instante de su vida, todas esas cosas que con o sin razón había decidido odiar estaban ahora haciendo vibrar a su chica. Se sintió derrotado. Recordó al hipopótamo, recordó su muerte y se puso a llorar. César lo abrazó, pero él siguió llorando. Luego se apartó de su amigo y se secó las lágrimas. Quizá resultara insignificante sufrir por eso, quizá lo fuese, pero esas pequeñas puñaladas estaban desgarrando despiadadamente su alma. Luego se levantó alzando su vaso y pidió la palabra. César intentó detenerlo pero Ramiro era más grande, más fuerte y en el fondo quería dejarlo hablar. Jimena miró en dirección del suelo y Ramiro elevó la voz como para que los astros se despertasen de su sueño eterno y lo fulminasen con un rayo. Pero no lo hicieron. Entonces todos dejaron de hablar. Y Ramiro dijo:

—¿Saben cuál es el origen de la palabra ‘provinciano’?... No, desde luego que no saben, qué van a saber. ‘Provinciano’ viene del latín *pro vinci*, que significa ‘donde viven los vencidos’. Solo para que lo sepan.

Todos callaron, fue un silencio eterno. Para Jimena fue como si la noche entera con su infinita cantidad de estrellas cayera sobre sus espaldas y tuviese la misión de mantener el firmamento en pie, cual Atlas. Para Ramiro fue una victoria portentosa, sonreía mirando las botellas de güisqui apiñadas

en la mesa. César lo miraba, compartiendo su triunfo pero conociendo el precio de su hazaña. Lo miraba mientras Ramiro dejaba de sonreír y esgrimía el mismo gesto hierático de la otra noche en el bar. ¿Qué había descubierto en el fondo de esas botellas aquel día y qué miraba ahora? Quizá nada, quizá solo miraba a Jimena, que a través del vidrio y el licor se veía como antes, se veía como nunca fue. Quizá no era nada, solo la luz refractándose, luz atrapada, quizá el temor de que todo eso terminase, que no hubiese nada más con qué llenar ese vaso, ni ningún otro.